

ASPECTO, APARIENCIA, IMAGEN... ENGAÑO

Resultaría tonto recordar aquí que más de un político de nuestro recién estrenado conato de democracia se puso en manos de una compañía americana especializada en lanzamientos publicitarios temporales, para que le creasen una imagen que no tenía, en vísperas de las elecciones generales. Y digo que resultaría inútil recordarlo, a no ser que fuera —como querría intentarlo ahora— para tomar aquel caso a modo de ejemplo de una forma particular de manipulación: aquella que implica conducir al personal a unas decisiones que *cree* libres cuando, en realidad, están condicionadas a unos reflejos perfectamente estudiados mediante estadísticas tan completas que podrían considerarse como exhaustivas.

No querría que analizásemos ahora la licitud o la ingenuidad (presunta) del político que, aquí o allá, echa mano de estos especialistas para encarquetarse una imagen apta para resultar preferido sobre sus rivales. Cualquiera podría argüir, y seguramente con razón, que está en su derecho y que lo que importa es triunfar.

Dejemos eso ahora, aunque habría mucho que contestar en otra ocasión.

Tampoco querría detenerme a considerar las razones de ese proceso, porque no pasaríamos del convencimiento de que toda la fabricación de imagen está basada en convertir el presunto líder en la figura, admirada y envidiada a la vez, de quien aparenta haber alcanzado las metas y los ideales de aquel que le habrá de votar y que, al hacerlo, transferirá al personaje en cuestión las esperanzas y los ideales que él nunca lograría cumplir.

La fabricación circunstancial de la imagen, medida al milímetro y pesada el milígramo, estriba tanto en el estudio zoológico del presunto elector como en el análisis —histórico y hasta teológico, si me prientan— de las circunstancias que, a través de los tiempos, han llevado a la creación o a la aparición providencial de los seres mesiánicos. O sea, a meter en la coctelera computadora a Cristo, a Kennedy, a Mahoma, a Moisés, a Hitler, a Lenin, a Napoleón, a Lutero, a Buda y a monseñor Lefebvre (porque los chiquillos también